

## LA CASA AMARILLA

Por Ama-gi

Sus pies arden, las sandalias están desechas, se detiene un momento y fija su mirada al horizonte, el camino es largo, sin embargo, hay que atravesarlo. Para llegar hay que pasar por la casa amarilla e ir más allá de las yeguas, después, tiene que caminar algunos minutos. Toma el cántaro, lo amarra por el cuello y lo baja con sutileza, subirlo es una tarea diferente. Al cargar el cántaro lleno de agua, no puede evitar pensar, si tan sólo esta agonía se detuviera por un segundo y pudiera nunca regresar, el sonido del agua al caer le devuelve la conciencia, su cuerpo asediado por el sol y el aire seco no puede más. Regresa a la “casa”, pone el cántaro sobre la mesa y se desploma en la silla. Apenas tiene catorce, su madre falleció cuando tenía doce, nunca entendió por qué, su padre jamás habla del tema sólo le interesa el alcohol y la mula de cuatros. Son cuatro sus hermanos, tres varones y una chica, dos de los hombres son mayores que ella, llegan en la madrugada y huyen al alba, nunca les habla, su hermana tiene siete y el menor va a cumplir dos.

Despertó sudando, era un sudor frío que dibujaba en su rostro una figura vacía de esperanza y nerviosismo, era el sueño del otro día, paseaba por un jardín, ya no usaba la misma ropa, de alguna forma se sentía más ligera, al fondo del jardín y a un lado de una casa que le parecía familiar, había una fuente que fluía sin barreras, sus hermanos de pronto corrían y ella trataba de alcanzarlos pero no podía, por cada zancada que daba, sus tobillos parecían pesarle más y más, sentía que algo la sujetaba, hasta que cae en el pasto; la fuente estaba a

unos metros pero para ella estaba demasiado lejos, sus hermanos desaparecen. ¡No hay tiempo! pero qué estúpida soy, es demasiado tarde para ir al trabajo, lo que fueron segundos se convirtieron en horas. Todo por cerrar un momento mis ojos y soñar, soñar algo tan extraño, tan extraño y ahora no tengo para comprar la comida. Mi padre está por regresar. Hay algunos chiles y unas cuantas tortillas. Escucho pisadas que vienen de fuera, entró mi hermana de golpe llorando -no había conseguido lo suficiente- mi padre estaba furioso, Luisito no comprende lo que está pasando. Qué haces aquí, voltea la mirada y aún con el sudor en la frente me encuentra prendiendo el anafre ¿Por qué no estás en el trabajo? gritó furioso, me toma del brazo y me arroja al otro lado del cuarto, justo donde estaba mi hermana aun temblando, me acerco y la abrazo, sus lágrimas se juntaron con mi sudor. Mañana tendrás que ir todo el día a trabajar para reponer el dinero que perdiste; quise contestar pero sentí un calor abrasador en la mejilla y caí inmediatamente.

Abro los ojos, la luz de la mañana es el indicio de un nuevo día, nuevo... sin embargo, no hay nada nuevo que hacer, traer agua, soportar el aliento de alcohol, destrozarme las manos, caminar al trabajo, perder la vista hilo por hilo, regresar y preparar la comida, porque eso es lo que debo hacer, me lo dijo mi padre -si quieres comer hay que trabajar-.

Agarro mis sandalias roídas y voy por agua, de regreso me detuve un momento para ver aquella casa que me llamaba tanto la atención, y tras unos segundos seguí mi camino, regrese a la casa y ya no había nadie, dejo el agua sobre la mesa y salgo hacia la fábrica. Hace mucho que tengo sed, una sed que no es normal, en el camino veo unos chamacos que van a la escuela algunos jugando y

otros repelando, varios esperan en una esquina y al cerrar la puerta de la escuela corren hacia el parque, tienen mi edad. Tengo una sed que diario hace un nudo en mi garganta. Pasaron ocho horas y mis manos duelen cada vez más, de regreso hacia la casa compro tortillas y un cuartito de queso. Aquella noche no llegó mi padre, Laurita me dio su dinero y lo junte con el mío, llegó doña Lupe con Luisito ¡cada día pesa más el canijo! me lo pasó del rebozo en el que lo cargaba, estaba dormido pero parecía muerto no movía ni un dedo. Acosté a los dos y poco después caigo rendida. Es martes como cualquier miércoles, como cualquier día, desperté de nuevo sudando, una vez más ese sueño extraño, tomo el cántaro y salgo que se me hace tarde, al pasar por la casa amarilla, una señora mientras barría, me saluda amablemente, no sé qué decir su rostro me congela y sólo sonrío con una mueca. Día con día, la casa apesta más a alcohol, día con día, mis manos se parecen más a unos harapos, día con día no recuerdo si comí o no porque cada vez siento un hueco más grande en el estómago, día con día se acerca más el momento en el que Luisito tendrá que irse con Laurita a pedir dinero porque ya no lo puede cargar Lupe para pedir dinero. Pronto tendrá que estar encadenado a esta vida, aprenderá las reglas de la calle, antes de saber leer, trabajará como hombre, en lugar de jugar como niño, será un alma joven arrojada a un cuerpo y un mundo de adultos, lleno de obstáculos. El sueño cada vez es más frecuente, y poco a poco me doy cuenta de que no se trata de mí. Esta vez es diferente, es de madrugada, de puntitas busco unos sarapes, algo de comida, unas chanclas y dinero, tomo de la mano a Laurita y cargo a Luis. Les susurro al oído y con mi corazón palpitando salgo de la casa para nunca pisar más aquel lugar, uno de mis hermanos está afuera, hace mucho que no veía su rostro, nos

miramos por unos segundos, subió a una moto y se fue sin decir nada. Empiezo a correr, me siento ligera, el aire esta frío pero ni modo, pronto mi pecho me traiciona y mi estómago se vuelve cómplice, voy sin rumbo, sin plan, sin techo, la desesperación invade mi cuerpo, inútilmente busco a mi alrededor algún camino, nunca había tenido la oportunidad de elegir, siento que en cualquier momento mi padre saldrá de una esquina y me tomará del brazo para llevarme de nuevo a aquella prisión. Camino hacia el pozo por pura costumbre, veo la casa amarilla y esta vez reconozco su parecido, me acerco, y sin saber qué hacer, recargo mi cabeza por un momento en la puerta, Laurita no había dicho nada y Luis apenas se levantaba, llorando toco la puerta. Tras unos segundos aparece aquella mujer, mis labios están sellados, entre lágrimas vi el interior de su casa, incliné a Luisito y con una mirada bastó para que la mujer lo tomara en sus brazos. Seguí caminando, esta vez voy para la ciudad, mis lágrimas marcaron la ruta desde la casa amarilla. Con los primeros rayos de luz, la gente comienza a salir de sus hogares, Laurita y yo, empezamos a trabajar, tomo una bocanada de aire y sonrío, al menos uno de nosotros podrá disfrutar la fuente de la casa amarilla.